

RÍO NEGRO

Los caminos de la Historia

Tomo I

Susana Bandieri
Editora

Susana Bandieri
Laura Méndez
Giulietta Piantoni
Liliana Pierucci
María Morales



Río Negro, los caminos de la historia : tomo I / Susana Bandieri ... [et al.] ;
editado por Susana Bandieri. - 1a ed. - Neuquén : Pido La Palabra, 2021.
v. 1, 312 p. ; 22 x 16 cm.

ISBN 978-987-48231-0-6

1. Historia Argentina. I. Bandieri, Susana, ed.
CDD 982

© 2021 Susana Bandieri, Laura Méndez, Giulietta Piantoni, Liliana Pierucci y María Morales
En tapa: "Precordillera" (acuarela), Rodolfo Guerrisi, Viedma, Río Negro.

edicionespidolapalabra@gmail.com
www.enseñarlapatagonia.com.ar
TE: 0299-155046442

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina
ISBN Obra Completa: 978-987-45960-7-9
ISBN Tomo I: 978-987-48231-0-6

Primera edición: octubre 2021

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Índice

Las autoras	9
Prólogo	13
CAPÍTULO 1	17
UNA PROVINCIA CON REALIDADES SOCIOECONÓMICAS DIVERSAS	
<i>Susana Bandieri</i>	
A manera de introducción	17
La desigual distribución de los recursos	18
Explicando la fragmentación	23
Proyectos de integración inconclusos	27
La distribución de la población	28
CAPÍTULO 2	35
TIERRA DE FÓSILES: LA PALEONTOLOGÍA Y LA ARQUEOLOGÍA EN LA NORPATAGONIA	
<i>Giulietta Piantoni y Liliana Pierucci</i>	
Una aproximación al pasado lejano de la Patagonia	35
Tierra de dinosaurios	39
Registros fósiles de los mamíferos y la megafauna	43
Los primeros hombres y mujeres en habitar la Norpatagonia	46
Sitios arqueológicos en Río Negro	49
El arte rupestre como forma de expresión y fuente de información	59
CAPÍTULO 3	65
LAS SOCIEDADES INDÍGENAS DEL CORREDOR PAMPEANO-NORPATAGÓNICO:	
PUEBLOS TEHUELCHES Y MAPUCHE	
<i>Susana Bandieri, Laura Méndez, Giulietta Piantoni y María Morales</i>	
La complejidad de las cuestiones étnicas	65
El contacto con el “otro”: los tehuelches	74
Los mapuche	88
De la cordillera a las pampas	95

CAPÍTULO 4	99
PRIMEROS AVANCES HISPANO-CRIOLLOS EN TERRITORIOS INDÍGENAS DE LA NORPATAGONIA	
<i>Susana Bandieri</i>	
Las exploraciones terrestres	99
En busca de “Trapalanda”	100
Las expediciones esclavistas	102
El rol de las misiones	103
El Virreinato del Río de la Plata y la importancia del frente atlántico	106
Un complejo mundo de relaciones y conflictos	111
 CAPÍTULO 5	 123
LA NORPATAGONIA EN TIEMPOS DECIMONÓNICOS (1810-1879)	
<i>Susana Bandieri</i>	
La crisis posrevolucionaria (1810-1820)	123
Tras el fin del Directorio (1820-1829)	125
Las estrategias de Rosas frente al poder indígena	133
Después de Caseros	138
En la desembocadura del río Negro	149
 CAPÍTULO 6	 155
CONOCIENDO EL TERRITORIO QUE SE PRETENDE DOMINAR	
<i>Susana Bandieri y Giulietta Piantoni</i>	
Viajeros y naturalistas extranjeros	155
Científicos, funcionarios y militares al servicio del Estado nacional argentino	163
Construyendo “argentinidad” en la Patagonia: Francisco Pascasio Moreno	166
 CAPÍTULO 7	 175
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: CAMPAÑAS MILITARES, EXTERMINIO Y SOMETIMIENTO	
<i>Susana Bandieri</i>	
El avance sobre los territorios indígenas	175
Viedma capital de la Gobernación de la Patagonia	182
Fuertes y fortines en el área de Río Negro	187
Las consecuencias de la conquista	192

CAPÍTULO 8	201
RÍO NEGRO EN LA ETAPA TERRITORIANA	
<i>Laura Méndez</i>	
Un territorio sin ciudadanos	201
La praxis político-administrativa	203
Jueces letrados y jueces de paz: árbitros y artífices del disciplinamiento social	208
Entre elecciones y petitorios	210
Proyectos de reforma y demandas territorianas	211
El peronismo en Río Negro (1943-1955)	218
Los debates por la provincialización	226
 CAPÍTULO 9	 231
TIERRAS CONQUISTADAS, TIERRAS APROPIADAS	
<i>Susana Bandieri, María Morales y Giulietta Piantoni</i>	
Dominio y expropiación	231
Entre la legislación y las prácticas	235
El afianzamiento de la gran propiedad	249
Las disputas por la tierra	256
 CAPÍTULO 10	 265
LOS PROYECTOS DE DESARROLLO, LAS PROMESAS INCUMPLIDAS Y LAS EXPECTATIVAS FRUSTRADAS	
<i>Susana Bandieri</i>	
La Ley de Fomento de los Territorios Nacionales	265
Bailey Willis y la Comisión de Estudios Hidrológicos	270
El Ferrocarril Trasandino del Sur	275
 Repositorios y Archivos consultados	 283
Documentos citados publicados	285
Bibliografía citada	287

RÍO NEGRO

Los caminos de la Historia

Tomo I

Susana Bandieri
Editora

Autoras
Susana Bandieri
Laura Méndez
Giulietta Piantoni
Liliana Pierucci
María Morales

Capítulo 2

TIERRA DE FÓSILES: LA PALEONTOLOGÍA Y LA ARQUEOLOGÍA EN LA NORPATAGONIA

Giulietta Piantoni y Liliana Pierucci

Una aproximación al pasado lejano de la Patagonia

Tanto la paleontología como la arqueología reconstruyen el pasado a través de los vestigios materiales que han quedado preservados en las diversas capas estratigráficas.² Es así que podemos encontrar bajo nuestros pies restos que pueden ser muy lejanos, pero también muy cercanos a nosotros. A partir del análisis de estas evidencias encontradas en los distintos sitios o yacimientos, los investigadores de disciplinas como la paleontología, la paleobotánica, la arqueología o la antropología, entre otras, llegan a conclusiones parciales sobre algún tema como la alimentación y las características físicas de animales e individuos, por ejemplo, de los dinosaurios, la salud, la vivienda o la tecnología de los distintos grupos humanos que habitaron tempranamente este territorio.³

2. Cuando hablamos de estratigrafía, nos referimos a los procesos materializados en los cortes transversales en el terreno, en segmentos, capas o estratos de sedimentos. Con la lectura de estos estratos se pueden detectar y observar cómo, a lo largo del tiempo, se ha constituido dicho conjunto a partir del depósito de distintos tipos de materiales de origen animal, vegetal, mineral, cursos o cuerpos de agua, erupciones volcánicas, etc.

3. Esta materialidad del pasado nos permite observar, desde la posición en la que encontró la muerte un animal, hasta cómo se producían herramientas líticas miles de años antes del presente. Se trata de entender y explicar cómo los distintos materiales llegaron a ese sitio, cómo era el espacio, la geografía, el clima y de qué manera éstos fueron intervenidos a lo largo del tiempo. A veces los descubrimientos son sumamente completos y esto posibilita una relativamente rápida identificación y análisis de los restos encontrados. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los yacimientos contienen solo restos parciales y, por ello, los investigadores deben realizar extensos procesos de comparación, extrapolación e inferencia de los diversos indicios para poder identificar de qué se tratan. En el caso del descubrimiento de nuevas especies, como las de los

En general, en estas investigaciones existe lo que podemos llamar “sesgos” o recortes: el estado del conocimiento actual está condicionado por los sitios que se han descubierto y los estudios previos realizados hasta la fecha. Como resultado, no pueden establecerse generalizaciones absolutas en ninguna de las explicaciones planteadas y, como decíamos, los distintos descubrimientos proporcionan herramientas para explicar el pasado a partir de las evidencias materiales halladas.⁴ Cada nuevo yacimiento implica una reconfiguración de las teorías vigentes sobre diversos tópicos, tales como el poblamiento y la vida de dinosaurios, megafauna, mamíferos o los primeros hombres y mujeres en el continente, y por consiguiente de las metodologías para el análisis de los mismos.

Para saber qué tan antiguos son los restos encontrados se acude a distintas técnicas de datación, algunas pueden ser absolutas y otras, relativas. Las dataciones absolutas se realizan por medio de distintos procedimientos especializados en laboratorios que permiten asignarle, a partir del material, ya sea óseo, mineral, vegetal, etc., fechas más o menos exactas de antigüedad.⁵ Por otro lado, las cronologías relativas son formas de otorgar una fecha a los restos materiales que por diversas razones no pueden ser analizados individualmente, a partir del contexto en que se hallaron depositados. Este último tipo de datación se realiza por medio del análisis y fechado absoluto de otros elementos que se encuentran en el mismo estrato o nivel del suelo. En síntesis, se estima y asume que, al compartir el mismo contexto de

dinosaurios o mamíferos, deben pasar por un proceso de validación internacional por pares de la disciplina antes de nombrarlas.

4. En el caso de la paleontología, se hacen inferencias por aproximación. Por ejemplo, a partir de las diferencias morfológicas se pueden establecer las interrelaciones, las variaciones, la ubicación y el contexto de evolución de alguna especie en particular. También se hacen deducciones por comparación o por relación con animales existentes en la actualidad.

5. Entre estas formas de conocer la antigüedad de los restos materiales y fósiles se destacan los métodos de datación radiométrica por Potasio-Argón o por Carbono 14 (14C). El primero, se utiliza en geología, paleontología y arqueología para datar rocas o cenizas volcánicas, en general las más antiguas, como las de la Era Mesozoica. El segundo, se utiliza para la datación de restos vinculados a grupos humanos con certeza hasta unos 50.000 años AP, utilizando el isótopo radiactivo Carbono 14 para determinar la edad de los diferentes materiales de origen orgánico (razón por la cual contienen rastros de carbono).

depósito, los hallazgos son contemporáneos y que aún con un margen de error se les puede asignar una antigüedad similar.

La Paleontología, por definición, consiste en el estudio de los seres vivos que existieron en un pasado lejano, como son las eras precámbrica o mesozoica. Se centra en el estudio de los fósiles, entendiendo por tales a las huellas de la vida material, especialmente de aquellos organismos que se extinguieron o que se modificaron con la evolución.⁶

Por su parte, en la investigación arqueológica es importante estar atentos a algunas de las diferencias entre tipos de yacimientos considerando su ubicación geográfica, puesto que es uno de los elementos que definen sus funciones como sitio, condicionando el tipo de recursos disponibles. En la actual provincia de Río Negro tenemos yacimientos en los diferentes ámbitos: boscoso-lacustre, de ecotono, estepa, marino-costero y en las cuencas fluviales. Estos espacios se constituyen en escenarios que trascienden los límites políticos actuales, tanto provinciales como nacionales y que estuvieron integrados en recorridos de nomadismo estacional e intercambio de productos entre grupos de diferentes localizaciones. Siendo cuidadosos y tomando los recaudos necesarios, se puede sostener que la presencia de restos materiales de distintos ambientes geográficos en un mismo yacimiento puede resultar prueba del mencionado intercambio y movilidad de los grupos humanos, así como también, de posibles discontinuidades en el uso del espacio y ocupación de un territorio.

Los sitios arqueológicos, como se dijo, pueden clasificarse según la función que cumplieron. Por un lado, existieron campamentos temporarios ocupados por períodos cortos. Otros fueron sitios para la realización de actividades específicas, como los lugares de captura de animales o para el procesamiento preliminar de la carne. Hubo sitios de observación ubicados en puntos destacados del paisaje desde donde se podía controlar el movimiento de animales y personas. Además, sitios en abrigos, aleros, paredones o cuevas con representaciones rupestres, tanto de pintura como de

6. Como disciplina, tiene diversas áreas temáticas de investigación, entre ellas la micropaleontología que estudia en los microorganismos los cambios de una especie a otra; la paleobiogeografía que estudia la distribución de los organismos en los territorios del pasado; la palinología que estudia el polen y las esporas presentes a lo largo de las eras geológicas; la paleobotánica que aborda la evolución de las plantas; la paleozoología que investiga la evolución de invertebrados y de vertebrados, y la paleoantropología que estudia los fósiles del proceso de hominización.

petroglifos. Otras ubicaciones fueron utilizadas como canteras de piedras útiles para hacer herramientas líticas u obtener minerales para la pintura rupestre o de cueros, entre otras. También encontramos diversos sitios con inhumaciones o enterratorios (Flegenheimer, Bayón y Pupio, 2006). Estas funciones, sin embargo, no son excluyentes, sino que hay que considerar que, en algunos espacios, las funciones se superpusieron en diferentes o sucesivos períodos.

De manera general, se puede afirmar que los lugares de cacería y procesamiento de materias primas provenientes de la caza y la recolección se distinguen de otros destinados a la manufactura de herramientas, al procesamiento intermedio de las mismas, a los nichos de almacenamiento y a la acumulación de productos, enterratorios y espacios con significaciones mágico-religiosas. Cada uno de ellos tiene patrones que pueden ser interpretados a partir de los restos materiales que dan cuenta de manera diferenciada de las intervenciones antrópicas sobre el entorno (las realizadas por los seres humanos). A lo largo del tiempo, se puede observar cómo los diversos avances tecnológicos permitieron el mejoramiento de las condiciones de vida de estos grupos humanos y sus adaptaciones al medio, desde el manejo del fuego, la fabricación de utensilios de cerámica, el uso del arco y flecha y los morteros para moler materia prima, entre otros (Flegenheimer, Bayón y Pupio, 2006).

En el caso de la provincia de Río Negro, la regulación de las actividades relacionadas con la investigación y el aprovechamiento científico y cultural del patrimonio arqueológico está a cargo de la Dirección de Patrimonio y Museos, bajo el marco normativo de la ley provincial N°3.041 y su decreto reglamentario, con el objetivo principal de proteger y conservar este patrimonio tan particular.

Como para muchos otros temas, es importante considerar los marcos normativos que impone la jurisprudencia, la definición de dominios y de custodios en fronteras administrativas en las que se ejerce su aplicación, aunque no hay que perder de vista que los procesos de larga duración que estamos presentando exceden estos límites. Es por ello que resulta sumamente complejo observar y analizar estas relaciones y acciones desarrolladas en el pasado y que, si bien nuestro foco está puesto en la provincia de Río Negro, vale la pena aclarar que la paleontología y la arqueología trabajan teniendo en cuenta que los límites administrativos son “porosos” y en

permanente diálogo con las áreas circundantes tanto hacia el norte como hacia el sur de nuestro territorio.

Tierra de dinosaurios

¿Quiénes habitaron estas tierras antes de los primeros grupos humanos? La Patagonia integró a comienzos del período Cretácico uno de los supercontinentes, llamado *Gondwana*, que abarcó Sudamérica, África, Australia, Antártida e India hasta hace unos 140 millones de años.⁷ El movimiento de las placas tectónicas provocó la separación de estos territorios que fueron tomando lentamente sus ubicaciones actuales. Los restos fósiles de varias especies, como los hallados en El Chocón, revelan que están emparentadas con especies encontradas en Sudáfrica, tal es el caso del *Rebbachisaurus tessonei*.

Donde hoy vemos estepa, monte y espinal, en otro tiempo hubo bosques tropicales, dunas y lagunas, e incluso costas marinas y bancos de arrecifes. En diferentes momentos uno u otro océano bañaron los suelos patagónicos como, por ejemplo, durante parte de la Era Mesozoica (en los periodos Jurásico y Cretácico), el Océano Pacífico ingresó por el Oeste e inundó grandes extensiones de la actual provincia de Río Negro -se cree que estas aguas llegaron hasta lo que hoy es la ciudad de General Roca-. Por otra parte, a finales del período Cretácico, el Océano Atlántico avanzó tanto que cubrió una gran parte del norte de la Patagonia. El mar invadió un sector de la actual provincia de Neuquén y cubrió incluso la región de Malargüe, en el sur de la provincia de Mendoza. Se estima que el continente quedó dividido en dos partes y muchos años después el mar se retiró dejando al descubierto la zona de los valles tal cual la conocemos en el presente.

Con el cambio de Era de Mesozoica a Cuaternaria, se produjo el levantamiento de la Cordillera de los Andes a causa de los movimientos tectónicos, lo que produjo la inclinación del continente hacia el este y determinó

7. Las teorías del desplazamiento de las placas tectónicas nos cuentan que todas estuvieron unidas en un solo continente denominado Pangea, que debido al propio proceso de desplazamiento se separó en Gondwana y Laurasia hace por lo menos 200 millones de años.

que el sentido del recorrido de los ríos adquiriera la “pendiente atlántica” que los caracteriza en la actualidad.

Como resultado de estos procesos hoy contamos con diversos sitios de interés paleontológico en las provincias de Neuquén y Río Negro, de gran importancia científica. En estos yacimientos se han encontrado restos fósiles de dinosaurios terópodos y saurópodos; de aves, de diversos reptiles como cocodrilos, serpientes y tortugas; huellas (*icnitas*); nidadas con huevos; coprolitos de dinosaurios y mamíferos; huellas y restos de pterodáctilos; plesiosaurios e ictiosaurios; peces; *amonites*; *trilobites*, etc.; junto con restos de flora como troncos, piñas, improntas de hojas y de helechos en muy buen estado de conservación.

Especies emblemáticas para la paleontología mundial fueron descubiertas en estos territorios: el *Argentinosaurus huinculensis*, uno de los herbívoros más grandes del mundo habitó la región actual de Plaza Huincul y Cutral-Co; la *Gasparinisaura cincosaltensis*, un ornitópodo herbívoro de 70 cm de largo y 50 cm de alto proviene de la localidad de Cinco Saltos; el *Neuquenornis*, un ave cretácica del tamaño de una paloma habitó las actuales bardas de la ciudad de Neuquén; el ave dinasaurinana *Alvarezsaurus* de 80 cm de alto y el ave corredora *Patagopteryx* de 40 cm de alto o restos de diversos Titanosaurios con fémures de hasta 1.80 cm de alto (entre ellos, *Andesaurus* y *Rebbachisaurus*) fueron hallados en el norte neuquino y riogegrino; cocodrilos terrestres pertenecientes a la familia de *Notosuchus* y *Comahuesuchus* y otro “gigante”, el *Giganotosaurio carolinii*, considerado el carnívoro más grande del mundo fueron hallados en El Chocón. El llamado *Abelisaurio Comahuensis*, un terópodo que vivió a finales del período Cretácico fue encontrado en Rincón de los Sauces.

Como se anticipara, no se puede pensar sólo en los límites actuales de la provincia de Río Negro y en relación a la paleontología debemos destacar algunos importantísimos descubrimientos en la vecina provincia de Chubut que se suman a los mencionados: el herbívoro *Patagotitan mayorum* fue descubierto en 2017 y es, hasta el momento, el más grande del mundo, con más de 8 metros de altura, una longitud de 40 metros y unas 74 toneladas de peso estimado. Se trata de un excepcional descubrimiento, destacado no solo por las dimensiones y cantidad de huesos de su esqueleto, sino también por su inusual buen estado de preservación. Otro de los dinosaurios herbívoros descubiertos en esa provincia es el *Tehuelchesaurus benitezii*, una

especie de unos 15 metros de largo y unas 10 toneladas que vivió a finales del Jurásico hace aproximadamente 157 millones de años, aunque el aspecto más destacable de su hallazgo en los años 90 es que contenía impresiones de su piel. Por otra parte, fueron descubiertos dos carnívoros: el *Carnotaurus sastrei* y el *Piatnizkysaurus*, (este último, también del Jurásico).

De muy reciente descubrimiento y confirmación (2020 y 2021) podemos mencionar dos especies: el *Llukalkan aliocranianus*, cuyo nombre proviene del vocablo mapuche que significa “el que asusta o causa temor” y la segunda, en latín, hace referencia a un cráneo distinto del género de los carnívoros *abelisaurus* en Rincón de los Sauces, provincia de Neuquén, y el *Bagualia alba* dinosaurio saurópodo que vivió a mediados del período Jurásico en la provincia de Chubut.

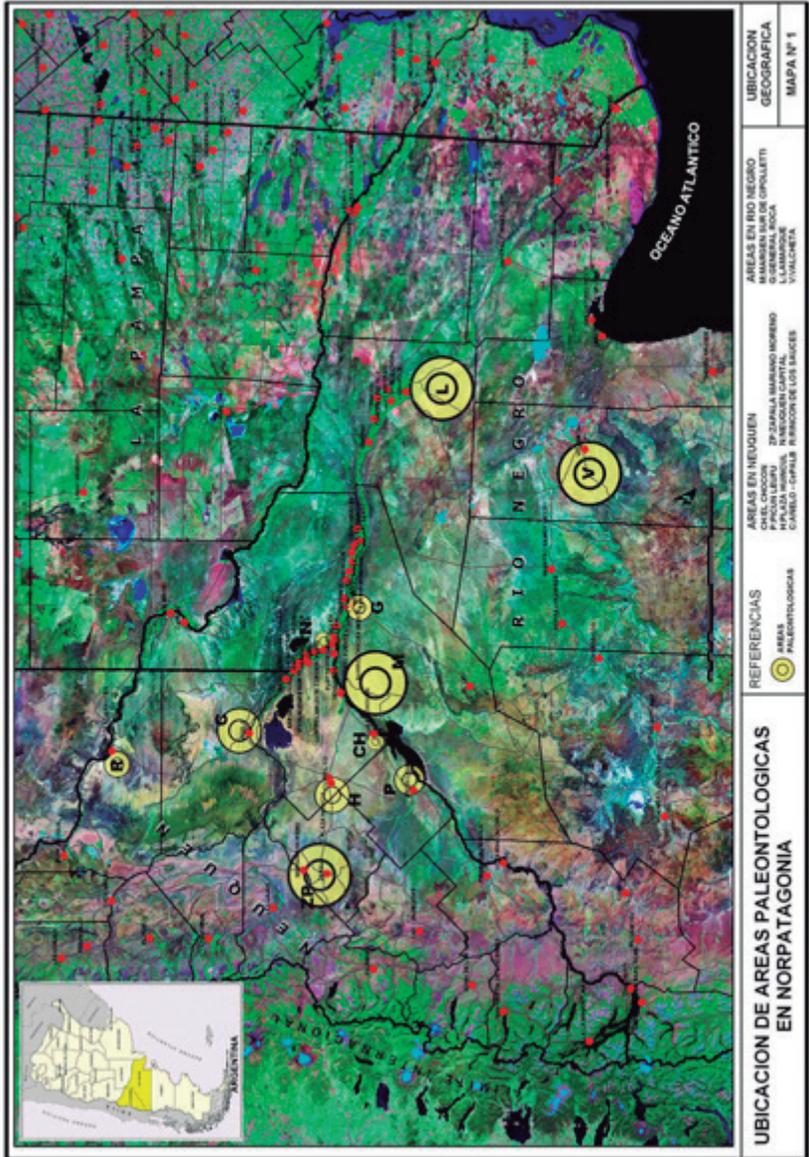
Con relación a la flora, es importante recordar que las especies de árboles que integran la familia de los *Nothofagus*, así como las araucarias (*Araucaria araucana*), existen desde el Cretácico⁸ hasta la actualidad con muy pocas variaciones morfológicas y por eso se llaman “fósiles vivientes”.

De esta etapa de la historia geológica contamos hoy con el Parque Cretácico, que integra el “Valle Cretácico”, una de las áreas naturales protegidas provinciales de Río Negro, que comprende más del 40 % del territorio de la denominada “Margen Sur”, colindante con el municipio de Cipolletti en el Alto Valle (centro-norte de la provincia de Río Negro). En particular, esta área fue creada por la Ley Prov. N°3033/96 con el objeto de conservar el patrimonio paleontológico de fósiles de flora y fauna representativas del período Cretácico⁹ con aprovechamiento turístico. Es un ejemplo de la importancia que tiene para la provincia de Río Negro conservar sitios geológico-paleontológicos relevantes para la ciencia, la diversidad genética y la recuperación de los recursos naturales de modo sustentable (Vejsbjerg, 2018).

8. Las plantas se clasifican en general en gimnospermas y angiospermas, entre las primeras contamos a los pinos, abetos y cipreses y entre las segundas, a las comúnmente denominadas “plantas con flores”.

9. La Era Mesozoica se subdivide en tres períodos: Triásico, Jurásico y Cretácico. Se considera que la extinción masiva de los dinosaurios se produjo hace 65 millones de años, momento en que finaliza el Cretácico.

Ubicación de áreas paleontológicas en Norpatagonia



Fuente: Vejsbjerg, 2015

Registros fósiles de los mamíferos y la megafauna

Como ya se dijera, durante el ingreso del Océano Atlántico al continente, se produjo una etapa de aislamiento durante la cual se desarrollaron líneas evolutivas de distintas especies como en ninguna otra parte del planeta. Entre ellas se encuentran algunos grupos de mamíferos, muchos de los cuales han sido encontrados en las bardas de Paso Córdoba, cercanas a la localidad de General Roca (Salgado et al 2018).

Así como los fósiles de dinosaurios nos hablan de la biodiversidad que habitó esta región y se extinguió hace 65 millones de años, durante el Pleistoceno (entre 30.000 y 10.000 años AP) se produjo otra extinción, en este caso de la megafauna de mamíferos¹⁰ de gran tamaño que habitaron la Patagonia durante esta etapa geológica, y que convivieron con los primeros grupos humanos y otros mamíferos más pequeños. Estos fósiles también dan cuenta de la progresiva deglaciación¹¹ que caracterizó a la Patagonia trastocando todo el ecosistema existente hace por lo menos unos 15.000 años. La mirada más clásica sobre esta extinción planteaba que había sido producto de la presión de los seres humanos sobre la fauna (con la caza), aunque en la actualidad se reconoce que al menos en América del Sur, es el resultado de los cambios climáticos propios del periodo (Paunero et al, 2017).

Una especie de megafauna que ha captado el interés de los investigadores desde el siglo XIX es el *Mylodon*, una especie de perezoso gigante, que gracias a sus peculiares características y a los distintos hallazgos en

10. La palabra megafauna hace referencia a los grandes (mega) animales (fauna), que habitaron durante el final del Cuaternario. Desaparecen luego de una nueva extinción masiva. Eran al menos un 30% más grandes que cualquiera de sus parientes actuales.

11. De acuerdo con la teoría de la Tectónica de Placas, hubo avances y retroceso de los glaciares en diferentes momentos de la historia de la tierra. Para la Edad Glacial del Pleistoceno, nos encontramos con una tendencia hacia el enfriamiento climático (que comenzó cuando la Antártida se ubicó en la región polar sur y una corriente marina circumpolar la aisló climáticamente, hace unos 22 millones de años) y que provocó la formación de un manto blanco de glaciares que se extendieron desde el norte de la Patagonia. Los investigadores consignan dataciones de entre 7 y 5 millones de años para las glaciaciones más antiguas. Ocurrieron un mínimo de ocho glaciaciones en el Plioceno medio-tardío con alternancias de eventos fríos y cálidos. El último periodo se ubica entre los 25.000 y 16.000 años atrás que se completaron con dos nuevos avances glaciales (denominados Tardiglaciales), entre 15.000 y 10.000 años atrás. (Rabassa, cit. en Planas (2009).

múltiples sitios atrapó la imaginación de generaciones de estudiosos. Florentino Ameghino describió a esta “bestia” como a un animal con “... *todo el cuerpo (...) protegido por millares de pequeños huesecillos dérmicos sumamente duros y compactos, parecidos a granos de café algo irregulares embutidos, en el espesor del cuerpo y colocados uno junto a otro como los adoquines de un empedrado...*”.¹² En líneas generales, se puede decir que los *Mylodon* fueron una especie muy abundante y de gran distribución geográfica, especialmente la del *Glossotherium*, que puede ser encontrada desde la Patagonia hasta el sur de América del Norte.

Excavaciones sucesivas revelaron la existencia de restos óseos de *Mylodon*, junto con la de otros animales extintos en la región, y con cantidad de restos fecales (coprolitos) atribuidos a este mismo perezoso tanto en su ambiente natural y como en las cuevas que seguramente fueron su refugio del frío extremo para hibernar por cortos períodos de tiempo. Sus restos también han sido hallados vinculados a fogones y sitios con ocupación humana.

Algunos de estos sitios son El Trébol, cercano a Bariloche (provincia de Río Negro) del que vamos a hablar más adelante; “Cueva del Milodón” cerca de Puerto Natales y Tres Arroyos, en la Isla Grande de Tierra del Fuego, ambos en Chile. Los restos asociados a ocupaciones humanas han despertado gran controversia ya que hay quienes interpretan que la especie humana hizo carroñeo de los animales una vez muertos, y otros que sostienen que existió un uso racional y sistemático a través de la caza de los mismos como recurso alimenticio. Otra interpretación diferente propone que los grandes felinos, como el yaguar (*Panthera onca*) y el puma (*Puma concolor*), los habrían cazado y acumulado sus restos en diversas cuevas usadas como refugio.

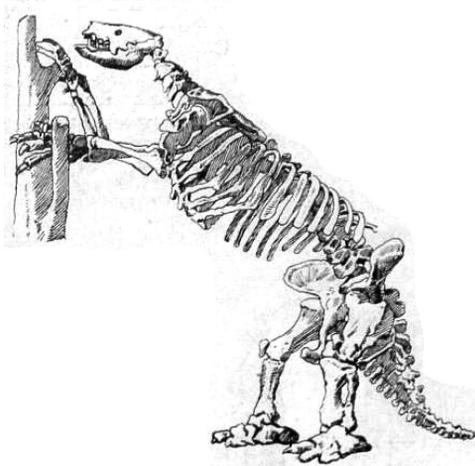
Además del *Mylodon*, otras especies integran esta megafauna o convivieron con ella. En nuestra región se destacan: los grandes camélidos (*Lama sp.*), caballos (*Hippidion*), zorros (*Dusicyon*), roedores, aves, tucos-tucos y armadillos, mastodontes, tigres diente de sable, entre otros. Se han encontrado restos óseos de camélidos de gran talla en la Patagonia austral, por ejemplo, en la localidad arqueológica de Monte Verde, al sur de Chile, los que fueron identificados como *Paleolama*, evidencia

12. Cit. en Forasiepi, Martineli y Blanco, 2007.

*“Monstruos Argentinos” Nota en la Revista Caras y Caretas sobre los
Mylodon*



Mylodon fósil restaurado por Owen



Esqueleto de Mylodon fósil

Fuente: Revista Caras y Caretas del 13 de mayo de 1899. Hemeroteca Digital - Biblioteca Nacional de España. Disponible en: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004084824&search=&clang=es>

que implica que este gran camélido vivió hasta tiempos relativamente recientes (Forasiepi, Martineli y Blanco, 2007). De esta etapa, son sus representantes actuales, especies como la mara o liebre patagónica, cuises, zorros y guanacos. Si bien solemos vincular la megafauna con las especies continentales, la Patagonia es también rica en fósiles de cetáceos (se han conservado restos datados en 25 millones de años aproximadamente). Son sus descendientes las más de 35 especies reconocidas en las costas australes de nuestros mares.

Los primeros hombres y mujeres en habitar la Norpatagonia

Cómo decíamos, la antigüedad del ser humano en América depende en gran parte del conocimiento que tenemos en la actualidad a partir de los yacimientos y restos que han sobrevivido al proceso natural de deterioro. Actualmente, los investigadores más calificados en el tema, de acuerdo con fechados muy concretos efectuados con métodos como el carbono 14, afirman que la llegada del hombre a América del Sur se remonta a unos 30.000 años, aunque algunas teorías llegan a proponer unos 45.000 (Flegenheimer, 2019). Los arqueólogos encontraron evidencias que respaldan este uso del espacio y corresponden a restos industriales, fogones con algunos instrumentos de piedra rústicos y el alimento consumido, aunque sorprenden sitios arqueológicos como Monteverde, cercano a Puerto Montt (Chile), que evidencia una temprana construcción de viviendas.

La teoría que más difusión ha tenido es la que explica el poblamiento americano a partir de flujos de grupos de diferentes orígenes étnicos, que habrían llegado desde el extremo norte de América, presumiblemente provenientes de Asia, antes de que la comunicación entre los continentes se cortara al formarse el estrecho de Bering. Las explicaciones que consideran que la llegada del hombre al continente se haya producido de una única vez y de manera lineal a lo largo del territorio están siendo revisadas a la luz de múltiples evidencias que demuestran que los procesos de llegada fueron simultáneos, paralelos y diversos (dando lugar a teorías complementarias). Por ejemplo, el descubrimiento de yacimientos antiguos en las zonas más australes del continente, como decíamos, y que resultan disruptivos de lo que se interpretaba como un avance lineal, hacen creer a los especialistas

que han existido eventos climáticos sucesivos que permitieron el avance de flujos humanos al continente en momentos muy distintos y a través de canales diversos, incluso por medio de la navegación. Por ello, de manera alternativa a la explicación del puente de hielo en el estrecho de Bering, las teorías migratorias más recientes proponen que el poblamiento pudo haberse producido a partir del arribo por mar desde las costas del Pacífico o del Atlántico. Estas miradas interpretativas sostienen que es muy probable que las evidencias de poblamiento más lejanas en el tiempo se encuentren en las áreas de los litorales marítimos, ahora sumergidas.

De todas maneras, se habría tratado de procesos lentos y graduales, vinculados al desplazamiento de pequeños grupos humanos buscando nuevos campos de caza, hacia el extremo sur del continente. Dichos procesos de exploración y colonización lentos y no lineales estaban condicionados por los múltiples cambios climáticos, sometidos a marchas y contramarchas para enfrentar la necesidad de adaptación a las condiciones ambientales.

Pese a las discusiones todavía existentes con respecto a la antigüedad y procedencia del poblamiento en el área, las evidencias de todo tipo (arqueológicas, genéticas, biológicas, lingüísticas, etc.) recogidas por los especialistas, parecen confirmar que la migración al extremo más austral del continente americano fue parte de un proceso muy complejo que comenzó a fines del Pleistoceno (15.000-10.000 años AP), cuando las grandes masas de hielos comenzaron a retirarse, volviendo el clima mucho más benigno y favorable para la instalación humana. El hallazgo de artefactos de uso humano, asociados a restos de la megafauna, así lo indica. Las evidencias actuales de presencia humana en la región permiten referirnos a la antigüedad del poblamiento inicial de la Patagonia, según algunos autores, en torno a los 12.000 o 13.000 años AP (Boschín, 2001); para otros, alrededor de los 10.000 años AP (Hajduk, Albornoz y Lezcano, 2002). Si bien no se dispone de dataciones absolutas, que permitan dar una fecha como exacta, en todos los sitios arqueológicos existen indicadores contextuales de cronología relativa capaces de proporcionar estimaciones generales que posibilitan evaluar la antigüedad de la cultura material asociada con estos espacios. De todas formas, las discusiones dentro del campo arqueológico no están saldadas y las explicaciones para dar cuenta del poblamiento en nuestro continente son, como dijéramos, variadas y permanentemente revisadas y renovadas (Flegenheimer, Bayón y Pupio, 2006; Politis, Prates y

Pérez, 2009; Bellelli, Scheinsohn y Podestá, 2008; Borella et al., 2015; Del Castillo Bernal, Mameli y Barcelo, 2011; Prates y Mange, 2016; Miotti et al., 2014; Favier Dubois, Borella y Tykot, 2009).

Durante muchos años hubo un consenso generalizado acerca de la importancia de los grandes cuerpos de agua en la definición de las zonas características del poblamiento originario, donde los mismos funcionaban como fronteras o límites precisos entre poblaciones. La Patagonia no fue una excepción, y se consideraba que habían existido tres grandes zonas: una septentrional, desde los ríos Limay y Negro hasta las proximidades del río Chubut; una central, entre los ríos Chubut y Santa Cruz y, finalmente, una meridional, entre este último y el estrecho de Magallanes. En la actualidad, se tiende, por el contrario, a hacer hincapié en los contactos e interacciones entre los grupos y no en su aislamiento (Politis, 1988; Castillo, Mameli y Barcelo, 2011).

Las primeras noticias sobre descubrimientos de sitios arqueológicos y de pinturas rupestres pueden encontrarse desde finales del siglo XIX de la mano de naturalistas, exploradores, viajeros y otros agentes del Estado, que iniciaba su avance sobre el espacio patagónico, tal y como se verá en próximos capítulos. En su mayoría, estos trabajos son más bien descriptivos de yacimientos de superficie, con conclusiones muy generales que se entrecruzaban con las intenciones de formar colecciones públicas y privadas para exhibirlas en museos (Podgorny 1999, 2005, 2009, 2010; Farro 2009, 2016). Con el andar del tiempo, durante las primeras décadas del siglo XX, los trabajos científicos fueron transformándose hasta encarar temáticas específicas como los enterratorios humanos, las hachas ceremoniales, los trabajos sobre regiones determinadas, etc. (Prates, 2008:47) realizados tanto por profesionales de grandes museos nacionales como por aficionados y coleccionistas de diversos puntos del territorio (Pupio, 2011; Pupio y Piantoni, 2017).

Entre los años 1940 y 1970, la perspectiva que moldeó las investigaciones fue la de la llamada Escuela Histórico Cultural, que consideraba que la cultura material ponía en evidencia las diferencias étnicas de los grupos humanos.¹³ Generalmente se las asociaba a estadios diferenciados

13. Los trabajos de Osvaldo Menghin (1957) junto con sus discípulos, entre ellos Marcelo Bórmida (1964), marcaron un punto de inflexión importante en los estudios arqueológicos.

(y jerárquicos) de la cultura de las diversas parcialidades que habitaban la Patagonia. Teorías más recientes relacionan estas diferencias con las diversas estrategias para adecuarse a la oferta local de materias primas o a las necesidades de cada momento (Politis, 1988; Flegenheimer, Bayón y Pupio, 2006). En opinión crítica de algunos autores, la perspectiva difusionista de los cultores de la vertiente Histórico-Cultural impidió ver los complejos procesos por los cuales una sociedad puede tomar rasgos culturales de otros pueblos (Mandrini y Ortelli, 1996). Es a partir de la década de 1980 que las investigaciones sistemáticas nos permiten tener un panorama complejo de este poblamiento, cada vez más a partir de nuevas y variadas perspectivas de análisis (Miotti et al., 2014; Favier Dubois et al., 2016; Borellla et al., 2015).

Las diferencias regionales que se pueden observar en los restos materiales del pasado no son disímiles a las que operan en el presente. Si en la actualidad es imposible hablar de una identidad única y homogénea para toda la población, no resulta válido pensar que en el pasado haya sido distinto. Es necesario comprender la complejidad de las relaciones humanas en el tiempo, atravesadas por las alianzas, enfrentamientos, etc.; además de comprender que en el intercambio las sociedades resultan modificadas y con apropiaciones diversas del producto cultural-tecnológico del “otro”.

Sitios arqueológicos en Río Negro

Tradicionalmente los arqueólogos reconocían, en términos generales, la presencia de industrias de utensilios y artefactos específicos y diferentes entre el extremo sur y el norte de la Patagonia, partiendo del supuesto ya mencionado, de que estos espacios estuvieron aislados durante varios

Partiendo de la base de que todas las culturas tienen un centro creativo desde donde se difunden sus principales características hacia la periferia, consideraban que era posible “leer” los rasgos étnicos plasmados en la cultura material (objetos, materias primas, técnicas, diseños). Ello permitía, según los investigadores, establecer “series” o “industrias”. En parte vinculado a las propuestas metodológicas de la Escuela Histórico Cultural y en parte relacionado con su formación académica como paleontólogo, la perspectiva teórica de Rodolfo Casamiquela (1965, 1969, 1987, 1998 y 1999) daba especial importancia a los caracteres biológicos y a los “filtros” naturales, como los ríos y la cordillera, en la formación de las etnias y en la difusión de las culturas.

miles de años. No obstante, se evidencia en ambas áreas una mayor especialización hacia la caza de grandes presas y se reconoce la presencia de intercambios regulares entre las zonas marítimas y las mediterráneas, tal y como lo demuestra la presencia en el interior patagónico de utensilios de los pueblos canoeros o marisqueros como pendientes, cucharas y cuentas de valva, puntas de arpón, etc., provenientes tanto del Atlántico como del Pacífico. Otro tanto sucede con los datos arqueológicos como restos de rocas, pigmentos minerales, etc., que prueban la existencia de circuitos inversos de intercambio entre los cazadores del interior de la meseta y los grupos que habitaron la costa.

Estos contactos entre grupos que ocupan uno y otro lado de la cordillera se evidencian también alrededor de los 8.000 años AP y de los 1.500 años AP, momento en que las pruebas arqueológicas permiten decir que se incrementaron notablemente los intercambios culturales. En el norte de la Patagonia, por su parte, los restos arqueológicos muestran evidencias de mayores contactos con grupos instalados en otras regiones como las del área rioplatense.

Los especialistas de la arqueología y disciplinas asociadas han llegado a acuerdos con respecto a que, a grandes rasgos, pueden reconocerse al menos tres etapas en la historia sociocultural del norte de la Patagonia previa a la llegada de los europeos, sin que esto implique referir a niveles evolutivos de desarrollo. De hecho, no puede hablarse de que existan sociedades más simples que otras, sino que los desarrollos tecnológicos fueron, en cada caso, los adecuados para obtener los recursos necesarios para la supervivencia a partir de las necesidades de cada grupo y las materias primas disponibles en cada ambiente.

La primera de ellas se extendería, aproximadamente, entre los 12.000/10.000 años AP y los 7.000 años AP, y se caracteriza por pequeños grupos de cazadores y recolectores que migraban dentro de un amplio territorio, para utilizar sitios de aprovisionamiento de insumos y recursos como pueden ser leña, agua potable, flora y fauna, minerales, etc., usando los refugios rocosos para protegerse de la intemperie. Hasta donde se ha podido demostrar, se trata de grupos que se regían por movimientos estacionales, cambiando sus residencias para un mejor aprovechamiento de los recursos naturales de cada ambiente.

En el espacio transcordillerano se han encontrado posibles instalaciones de permanencia anual, como ejemplo, en el ya mencionado sitio de Monte Verde, a 35 km al sudoeste de Puerto Montt, (actual Chile), con una antigüedad que supera los 13.000 años AP (Dillehay, 1984). Aunque el sitio sigue envuelto en una amplia controversia, los restos arqueológicos encontrados permiten afirmar a los investigadores que se trata de estacas y pieles de la construcción de viviendas, utensilios diversos de hueso, madera y piedra, así como muestras variadas del aprovechamiento de los recursos terrestres y marítimos que el emplazamiento permitía (Dillehay et al., 2008 y 2015).

En el sitio de Trafal I, ubicado entre el paraje Confluencia y el río Cuyín Manzano, en la actual provincia de Neuquén, se encontraron cuentas confeccionadas con valvas de moluscos procedentes del Pacífico y otros elementos similares a los que presentan los sitios trasandinos, lo que permite suponer relaciones de intercambio tempranas a uno y otro lado de la cordillera. En todos los casos, parece tratarse de grupos de exploradores vinculados por lazos familiares ampliados que permanecían durante algún tiempo en estos refugios rocosos.

El sitio arqueológico de El Trébol es un yacimiento trabajado los últimos años que consiste en un abrigo rocoso de 22 metros de frente y 7 de profundidad, ubicado en la base de un cerro de rocas volcánicas a la vera de la laguna del mismo nombre, dentro del ejido urbano de San Carlos de Bariloche. En el mismo se encontraron evidencias de actividad humana, como lascas (deshechos de la fabricación de elementos de piedra), un punzón de hueso, espinas de pescado, moluscos del Pacífico y restos óseos de los animales que fueron parte de la dieta de sus habitantes: aves, un tipo de zorro que hoy se encuentra extinto, un ciervo más grande que el huemul y, lo que resulta de gran interés, fragmentos de huesos y un diente de *mylodon*, que es lo que da el contexto para suponer una antigüedad del sitio igual o mayor a 10.000 años AP.¹⁴ Según lo han determinado los investigadores a partir de la observación de lo que parecen haber sido cortes de una herramienta de piedra, los huesos poseen huellas antrópicas para el aprovechamiento de la carne. Los restos se encontraban aprisionados entre los carbones de

14. Se toma como base del contexto de ocupación de este sitio arqueológico que los *mylodon* se extinguieron hace 10.000 años AP.

lo que fuera una gran fogata, donde el animal habría sido asado con el cuero (Hajduk, Albornoz y Lezcano, 2002). En este mismo abrigo rocoso se detectaron varias capas o niveles de ocupación, lo cual demuestra que en períodos sucesivos ha sido habitado y/o utilizado.

Los abrigos rocosos tienen una triple importancia arqueológica dado que, en primer lugar, fueron espacios recurrentes de ocupación por grupos humanos; sumado a que en su parte interior suelen poseer condiciones estables de depósitos de sedimentos, lo que favorece el aislamiento estratigráfico de los diversos componentes y, por último, son fácilmente detectables en el paisaje. En el caso de las zonas lacustres-boscosas, la tarea de rastreo se complejiza, dado que el acceso a los yacimientos arqueológicos resulta condicionado por el terreno escarpado y la tupida vegetación.

Los estudios en el ambiente boscoso son relativamente recientes, puesto que los trabajos de investigación arqueológica se concentraban mayoritariamente en las zonas de estepa, en los llamados “sitios de superficie” o asentamientos a cielo abierto. Se trata de poblaciones con una economía extractiva (caza, pesca, recolección), con circuitos preestablecidos de aprovisionamiento y la consecuente explotación de zonas de transición y de estepa, con asentamientos estacionales de permanencias breves, dada la baja sustentabilidad del ámbito boscoso. Se considera que su uso fue esporádico, por lo menos hasta los 3.000 años AP y, desde de ese momento, existen evidencias de especialización (se ha detectado el consumo sistemático de sus recursos como la madera, por ejemplo, en el sitio Puerto Tranquilo I de la Isla Victoria, en el lago Nahuel Huapi). Asimismo, existen evidencias de utilización de los cuerpos de agua para la navegación, a partir del descubrimiento de lugares de ocupación cercanos a las costas de los lagos, de muy difícil acceso por vía terrestre (Albornoz, 2003).

En el área que denominamos de ecotono, es decir el espacio de transición entre el entorno boscoso-lacustre y el estepario, se destaca el sitio de Cuyin Manzano (Ceballos, 1982), en la confluencia de los ríos Limay y Traful, a 7 kilómetros de distancia del sitio Traful I (Crivelli, 1993 y 1996). Los estratos más antiguos, entre 10.000 y 9.000 años AP, guardan muestras de la fabricación de artefactos líticos -hechos en piedra- para la caza de animales, y del uso de pigmentos, incluyendo las pinturas en prácticas funerarias. Estos espacios parecen haber sido lugares de ocupaciones ocasionales, funcionalmente limitadas, dada la especificidad de este tipo

de ambiente. En Trafal I, sin embargo, se evidencian diversas capas estratigráficas que dan cuenta de un patrón estable de utilización del sitio, cada vez más frecuente en el tiempo. Esto permite pensar en secuencias de movilidad planificada a partir de nichos de almacenamiento/espacios de manufactura de instrumentos, que marcarían circuitos estacionales con previsión de retorno, es decir, que eran lugares de ocupación recurrente en una misma época en años sucesivos.

Existen evidencias de la presencia humana en abrigos rocosos datadas entre 11.000 y 8.000 años AP en diversos puntos de las provincias de Neuquén y Río Negro, como son Alero de los Sauces, Alero de los Álamos, Alero del Dique, Piedra del Águila 11, Alero Arias en las cercanías de la cuenca del Río Limay y el Abrigo Pilcaniyeu, Cueva Sarita, Alero la Figura, Alero Larivière, Alero los Cipreses, Valle Encantado 1. Todos ellos expresan la importancia para los grupos humanos¹⁵ de las cuencas de los ríos, que conectan diversos ambientes.

De una antigüedad similar se estima que es el sitio Dos Amigos en la Meseta de Somuncura, en el centro sur de la provincia de Río Negro, donde se han encontrado puntas de proyectil denominadas por su factura, “cola de pescado”. Este tipo de tecnología se asocia generalmente a yacimientos de gran antigüedad, por lo menos entre 12.000 y 13.000 años AP. Las malas condiciones de conservación de los materiales en estas áreas abiertas por la formación de sedimentos y los procesos erosivos sobre la superficie han hecho sumamente dificultosa la exploración y detección de algunos espacios, aunque nuevas investigaciones están presentando nuevos análisis sobre los mismos (Terranova et al., 2010; Hermo, Terranova y Miotti, 2015; Miotti et. al., 2014).

La segunda etapa se extiende entre los 7.000 y los 2.000 años AP. Los grandes cambios ambientales terminaron por retraer los hielos del continente, aumentando los territorios habitables y favoreciendo el asentamiento de población con características regionales. A esta etapa corresponderían las primeras concentraciones humanas en las áreas más favorecidas, como

15. También en el área del río Limay se destacan los trabajos realizados en el marco del “Proyecto de Salvataje Arqueológico e Investigaciones Prehistóricas”, financiado por la ex-empresa estatal Hidroeléctrica Norpatagónica S.A. -HIDRONOR S.A.- (Sanguinetti de Bórmida, 1981; Sanguinetti y Curzio, 1996).

las inmediaciones de los ríos o la costa marítima. A los grupos de cazadores y recolectores descritos anteriormente, se agregaron cazadores especializados que hicieron de los grandes animales, entre ellos, del guanaco, la base de su alimentación y sustento. El uso de artefactos líticos de mayor complejidad técnica aumentó considerablemente, apareciendo puntas triangulares apedunculadas, raspadores, perforadores, cuchillos e instrumentos de molienda. Las mismas cuevas antes mencionadas muestran, en sus distintos pisos de ocupación, signos de esta colonización con grupos cazadores especializados en el aprovechamiento del guanaco a partir del uso de sus pieles, carnes y huesos de manera intensiva, gracias a que este es un animal gregario, es decir que vive en comunidad, distinto de lo que ocurre con el huemul, cérvido predominante en la zona del bosque mayormente de vida solitaria hasta la época reproductiva y presa de difícil captura. Estos patrones de comportamiento del guanaco permitían a los grupos humanos del ecotono y de la estepa la caza colaborativa a partir del uso de lanzas y lazos, además del aprovechamiento estratégico de los accidentes geográficos a partir de rodeos, aislamiento, señuelos, etc.

Para esta época, es probable que la residencia y muchas actividades no se realizaran en los abrigos rocosos sino en zonas abiertas, con la generalización del uso de paravientos. Nuevas etapas de expansión parecen haberse producido hace 3.000 años AP hacia las áreas de meseta, aprovechando cursos de agua de régimen anual como los arroyos Pichi Leufu y Comallo en las cercanías de Pilcaniyeu, en la actual provincia de Río Negro, tal y como lo demuestran los sitios de Cueva Sarita y Cueva Visconti, entre otros (Boschín, 1986 y 1997; Ceballos y Peronja, 1983; Llamazares, 1980).

Las zonas de la meseta central patagónica y aquellas más cercanas a la cordillera, parecen haber tenido una muy baja densidad de ocupación entre los años 4.500-3.000 años AP. Los especialistas creen que dicho *impasse*, o pausa entre dos períodos de ocupación, puede estar relacionado con eventos producidos por el volcán Hudson. Debido a esto, se especula respecto de un muy probable deterioro del ambiente en combinación con un efecto *tabú* que puede haber generado temor o aprensión hacia el área por parte de las parcialidades (Paunero, 2016).

Antiguamente se consideraba que los recursos naturales marinos representaban una mínima porción de la dieta de los grupos humanos que se desplazaban a la región costera desde el interior patagónico, pero

investigaciones recientes dan cuenta de lo abundante de estos recursos y de la posibilidad de predecir y programar el abastecimiento de los mismos para la obtención de nutrientes. Estos trabajos permiten comprender el espacio vinculado con otros ambientes con los que estaban en clara relación y circulación (Cruz y Caracotche, 2006; Favier Dubois et al., 2016). La frecuencia de hallazgos de restos en estos sitios arqueológicos guarda relación con la oferta de recursos fijos y predecibles como moluscos, peces, crustáceos, aves, mamíferos marinos, reptiles y pequeños roedores, así como con la productividad del ámbito terrestre adyacente y la facilidad brindada por la topografía para el acceso desde y hacia el interior, con variantes interregionales.

Los sitios costeros se ubican generalmente a cielo abierto y en superficie, lo que los convierte en vulnerables a su alteración por factores naturales y humanos, a diferencia de los del interior continental. Debido a estas características, no existen hasta el momento evidencias de pintura rupestre en los diversos yacimientos, aunque sí de petroglifos (Borella et al., 2015). El sitio del Golfo San Matías denota un uso intensivo en un extenso lapso temporal desde por lo menos 6.000 años AP. En el mismo se evidencia poca variabilidad artefactual y se cree que es debido a que la dieta marítima no requería de la manufactura de instrumentos de gran complejidad (Favier Dubois, Borella y Tykot, 2009).

En esta línea, investigaciones recientes proponen que los grupos humanos que habitaron la región marino-costera lo habrían hecho durante la mayor parte del año y hasta de forma permanente, e incluso se comienza a especular con la presencia de poblaciones pescadoras y marisqueadoras especializadas en la explotación de estos recursos. Prueba de ello son el descubrimiento de elementos relacionados con estas actividades, como redes, lanzas y restos de cerámicas para la preparación y cocción¹⁶ (Scartascini, 2017). Existen también evidencias de intercambios de materias primas, textiles y metales, entre otros. Incluso se han detectado elementos de carácter simbólico como cuentas, collares y pinturas sobre cáscaras de huevo.

La última etapa se extiende entre los 2.000 años AP y el siglo XVI. Los grupos antes definidos regionalmente habrían tenido una mayor expansión territorial, intensificándose las relaciones entre ellos y los intercambios de

16. Cabe destacar la gran diversidad de productos marinos que ofrece el Golfo San Matías para la dieta de estos grupos humanos.

todo tipo. Perduraron, sin embargo, diferencias importantes, como algunas variables idiomáticas y las vinculadas al control de determinados territorios, con derechos reconocidos sobre sitios de caza, cursos de agua, refugios, etc. Esto representa una clara muestra de la existencia de organizaciones sociales y estructuras de poder más complejas que las originalmente supuestas.

En el Valle Medio del Río Negro y el área formada en proximidades del Río Colorado, hace 2.000 años AP, según los aportes de la evidencia, se puede pensar que los grupos instalados se trasladaban dentro de la misma cuenca de los ríos divididos por unidades domésticas para el aprovisionamiento de materias primas cercanas. A partir de campamentos o bases de residencia junto a los cursos de agua (lagunas y canales de inundación) se habrían explotado los sectores circundantes. Estos serían complementados simultáneamente a partir de, por un lado, viajes cortos de forrajeo de recursos relativamente cercanos que se realizaban durante la jornada, y de una logística más compleja de traslados prolongados para realizar actividades predeterminadas con campamentos operativos -estaciones o escondrijos- intermedios de corta duración. Todo esto evidenciaría un patrón adaptativo amplio con una alimentación variada, reflejada en el gran aprovechamiento de recursos como el guanaco, mamíferos medianos y pequeños, distintos tipos de aves, peces y reptiles, además de almejas y frutos (Prates, 2008). Incluso se considera que esta zona sirvió como vía de movilidad entre la cordillera y el mar en una escala espacial extensa (Prates y Mange, 2016).

Tanto para estos sitios como para otros tantos, es probable que existieran ocupaciones previas, pero las condiciones de preservación de los mismos pueden estar condicionando la visibilidad y los registros (Prates, 2008:251). Así como en la zona boscosa y lacustre resulta difícil acceder a los sitios, en esta área los sedimentos del desgaste eólico de la meseta producen el progresivo enterramiento de los yacimientos, sumado a que no es frecuente disponer de aleros y cuevas.

Para el mismo periodo se han detectado en los sitios Marcelina 1, a poco más de 10 km de Paso Flores, y Alero Carriqueo, en las cercanías, diversos campamentos de actividades múltiples tales como desposte, procesamiento y consumo de alimentos junto con la manufactura y talla lítica y molienda.

Durante este periodo se desarrollaron armas nuevas como el arco y la flecha, que otorgaban considerables ventajas para la caza a mayor distancia de la presa y la posibilidad del acecho individual. También se destaca el uso de la

cerámica, demostrativa de requerimientos alimenticios especiales, que suponía un desarrollo tecnológico específicos para el manejo de arcillas y el uso de combustiones adecuadas para la regulación de las temperaturas de los hornos.

La cerámica patagónica fue caracterizada, en un principio, como un conjunto relativamente homogéneo, sin embargo, a partir de estudios recientes realizados en torno a la costa marina en el norte del Chubut, se ha podido observar una diversidad respecto de su forma, manufactura o tipo de producción, composición de las pastas, tratamiento de las superficies y su decoración (Shuster, 2014). Por estas características morfológicas y tecnológicas generales, los investigadores interpretan que las piezas del área habrían sido propias para cumplir con una amplia variedad de funciones, como por ejemplo preparar, cocinar o almacenar alimentos y en menor medida, líquidos. Esta tecnología habría sido versátil gracias a sus posibilidades de reutilización y empleo para diversas funciones, lo que implica una cualidad extremadamente aprovechable para grupos cazadores-recolectores con alta movilidad residencial, permitiendo una explotación más intensa de los recursos de su entorno. Seguramente esta tecnología no fue adoptada de manera universal y uniforme sino, tal como hemos referido para otras herramientas, lo ha sido según las necesidades adaptativas de cada grupo. Estos artefactos presentan aspectos idiosincráticos a partir de su forma y decoración, sin embargo, las estrategias tecnológicas no necesariamente se identifican con componentes étnicos.

El crecimiento poblacional se manifiesta en la aparición de numerosos y variados sitios arqueológicos, con utensilios diversos e innumerables muestras de desarrollo técnico, propia de grandes cazadores de gran movilidad, que variaban su localización anual en busca de alimentos y, como ya se dijera, para un mejor aprovechamiento de los recursos. La abundancia de guanacos permitió a estos grupos aprovechar su carne como principal alimento, su cuero para la confección de vestimentas y toldos, y sus huesos y tendones para la fabricación de variadas armas y utensilios. También el avestruz, entre los grandes animales, proporcionaba carne, grasa y huevos, siendo sus plumas muy codiciadas para la fabricación de tocados.

En el sitio El Trébol, en periodos más cercanos al presente, entre el 1.500 y 500 años AP, surge lo que algunos autores definen como “identidades culturales” más definidas a partir de un uso del espacio que denota una adaptación particular al medio boscoso-lacustre, con clara vinculación con el espacio transcorderano (Lezcano, Hajduk y Albornoz, 2015:20).

Desde por lo menos 3.000 años AP se registra presencia humana sostenida en la zona de Isla Victoria en el Lago Nahuel Huapi, lo que demuestra la capacidad y práctica de la navegación. Destacan también, mayores periodos de asentamientos con marcados patrones de intercambio con el Pacífico.

El arte rupestre como forma de expresión y fuente de información

El arte rupestre es habitualmente un atractivo turístico y siempre llama la atención por sus diseños, aunque no se lo comprenda. La interpretación del arte rupestre en general es una tarea compleja y ofrece más preguntas que respuestas. Se lo asocia con la adivinación, con prácticas rituales y con ceremonias propiciatorias donde lo mágico-religioso y la cosmovisión serían los ejes. Los estudiosos buscan siempre nuevos elementos o pautas para poder decodificar la información que contienen estas expresiones estilísticas plasmadas en piedras, aleros y cuevas. El simbolismo que contienen los diseños tiene gran importancia para conocer a los grupos que habitaron las distintas áreas y para saber acerca del modo en que se transmitían estos saberes. Los motivos son muy variados en su forma, tamaño, color y ubicación y todos estos detalles son indicios a considerar. Algunos autores han destacado cómo estas señales generan una “humanización del paisaje” (Paunero, 2016) a partir de la transformación que implican en el entorno.

Dado el carácter de alta movilidad territorial para el aprovechamiento de los recursos de estos primeros grupos humanos, ya descripta, es muy difícil encontrar restos de arquitectura, pero existen otros tipos de registro de su presencia a lo largo del tiempo, como lo son algunas pinturas y diseños presentes en las cuevas que regularmente se usaban como refugio. Coloridas imágenes se repiten en varios sitios ocupados en el primer milenio de nuestra era. Estos rastros, además de ser marcas de ocupación del espacio y territorialidad, se encuentran cargados simbólicamente, dado que se trata de una forma de comunicación o iconografía plasmados sobre el soporte rocoso. Los motivos estético-geométricos utilizados en el arte rupestre se repiten en tablas, placas de piedra, quillangos (mantos de piel utilizados como abrigos), tejidos, etc. a lo largo del tiempo. Estos motivos, en el llamado “arte mobiliario”, también transmiten, como ya se dijera, una carga simbólica de muchísima importancia. A través de diversos diseños se ponía -y se

pone- de manifiesto parte de la cosmogonía de estos pueblos, así como para quienes comparten estos sentidos los diseños resultan inteligibles y transmiten mensajes. Además, en el caso del arte rupestre, muy probablemente daba cuenta de información necesaria para el tránsito y el aprovechamiento de los recursos disponibles en un ambiente dado, como pueden ser las vías de comunicación, circuitos anuales, hitos o mojones para realizar recorridos (Bellelli, Scheinsohn y Podestá, 2008).

Para abordar el análisis de los sitios con arte rupestre y el estudio de estas iconografías-representaciones sobre el mundo, es necesario destacar la importancia de la ubicación de cada cueva pintada dentro del paisaje cultural. Es decir, los modos en que estos sitios se articularon con otras actividades sociales, con los recursos críticos o escasos, con el acceso a ambientes naturales distintos, con los accidentes geográficos, con las vías de circulación y con la movilidad estacional de los cazadores recolectores, dado que estas interacciones pueden denotar algunas especificidades sobre sus mensajes, aunque siempre se trata de interpretaciones, y hasta el momento no se puede afirmar a ciencia cierta sobre todos los sentidos que comunican.

Las descripciones y clasificaciones tipológicas que utilizan los investigadores continúan las pautas elaboradas por Menghin (1957) y Gradin (1988),¹⁷ aunque, más allá de los análisis morfológicos de las diversas manifestaciones, resulta necesario abordar los aspectos simbólicos de los motivos del arte rupestre y es por ello que estudios recientes se enfocan en alcanzar algún nivel de lectura de estos documentos iconográficos buscando captar sus significados (Boschin, 2017). Estas nuevas corrientes interpretativas siguen la premisa de encontrar patrones ideológicos en los sitios de arte rupestre, reconociendo que esa interpretación, sin embargo, no es unívoca.

La realización de estas expresiones de arte requiere de una serie de conocimientos técnicos e instrumentales, como son la recolección de la materia prima -óxidos, metales, arcillas y grasas-, así como su procesamiento a través del picado, molido, secado e incluso la cocción para obtener algunos pigmentos especiales para la obtención de los tintes. Es por ello

17. Dado que las clasificaciones y tipologías son parte de los corpus teóricos de las perspectivas de análisis dentro de cada disciplina, y que aquí no buscamos realizar un detalle de las discusiones del campo arqueológico -que tampoco están saldadas-, expresamos un ordenamiento secuencial/temporal y espacial según los acuerdos más generales entre los autores.

que decimos que estas representaciones son evidencia tangible de procesos planificados e intencionales, por lo tanto se deben sopesar y tener en cuenta las técnicas empleadas para su realización, dado que las materias primas seleccionadas, las mezclas, los artefactos empleados para el procesamiento y ejecución de la pintura como pinceles, hisopos y morteros, así como los procedimientos usados para ejecutar los motivos -estampado, aspersión o pintado, estarcido¹⁸ o soplado con la boca, digital, palmar, etc.-, dan cuenta de especificidades propias de cada espacio habitado.

Según los especialistas, sin adscribir a una clasificación determinada, es posible definir grandes grupos estilísticos que se correlacionan temporalmente con las fases que referenciaríamos al comienzo.¹⁹ El primero de ellos abarca entre los 12.000 y 9.000 años AP y se caracteriza por motivos representativos, negativos de manos de adultos y niños, escenas de caza y conjuntos de animales. En general, se utilizaba el relieve de las paredes rocosas para provocar efectos de realismo y los colores más empleados son los amarillos, ocres y rojos. A continuación, datados entre los 7.500 y los 3.000 años AP, se encuentran los sitios con pinturas de camélidos estáticos (guanacos), motivos abstracto-representativos, donde ya no se observan más escenas dinámicas, sino que son reemplazadas por diseños geométricos simples (círculos, figuras ovales) acompañados de, negativos de manos, con una marcada policromía (gran variedad de colores). Más cercano a nuestro tiempo, los yacimientos de 2.200 a 500 años AP poseen diseños similares a los que encontramos en mantos de cuero, quillangos y tejidos con motivos geométricos complejos, (esquemáticos, rectilíneos, almenados²⁰, *zigzag*) que se entremezclan con negativos de manos y pisadas de animales realizados en colores claros (Paunero, 2016).

En el caso de la estepa rionegrina se destacan las zonas de Pilcaniyeu, Alicura y la Meseta de Somuncura. En este tipo de ambientes, el arte

18. El estarcido es una técnica que implica estampar un diseño a partir de “dejar el hueco” en un estencil o patrón realizado en una plantilla y rellenarlo con pintura en el soporte elegido.

19. Es importante resaltar que el arte rupestre no puede ser datado por el método de 14C, por lo que se utilizan indicadores temporales relativos o contextuales a partir de elementos encontrados en el mismo sitio arqueológico.

20. Las líneas almenadas toman su nombre de las estructuras de muros medievales. Se trata de secuencias con salientes rectangulares a una distancia regular.

rupestre se encuentra datado en fechas cercanas a los 2.800 años AP. Se trata en su mayoría de diseños abstractos geométricos simples y pisadas, pintados en rojo y/o negro, trazos escalonados, óvalos, clepsidras,²¹ laberintos, líneas quebradas en colores rojos, amarillos, blancos o verdes.

En las cuevas y aleros de Comallo se han encontrado representaciones antropomorfas -formas humanas- con marcados caracteres sexuales. En el Abrigo de Pilcaniyeu se han superpuesto diversos estilos, que dan cuenta de la reutilización de los espacios habitacionales en diversos periodos, no existiendo necesariamente correlación entre las industrias instrumentales-tecnológicas y las secuencias culturales allí plasmadas, tal como se ha sostenido con anterioridad.

En las mesetas centrales norpatagónicas, específicamente en los sitios La Pintada y Maquinchao, se ha detectado una iconografía regional con representaciones de pisadas de animales y rastros de pies humanos (Boschin, 2017). En la cueva Visconti -Corralito- se han detectado manos y pisadas humanas, de guanaco, el tridígito del choique y puma, además de motivos curvilíneos simples. Incluso en este sitio se han relevado tanto grabados como la utilización del relieve. El Alero Larriviére de la zona del Lago Traful, es el único caso hasta el momento de un yacimiento descubierto con marcas de pisadas en un área no esteparia.

En las zonas de Alicura y Piedra del Águila se han realizado trabajos de arqueología de rescate (Albornoz, 2003:83), dado que los sitios relevados han quedado bajo el agua tras la construcción de las represas hidroeléctricas. En Casa de Piedra de Ortega, en la confluencia de los arroyos Panquehuau y Pichileufu -Paraje Corralito-, se encontraron, óvalos, pisadas de guanaco, humanas, de ñandú y puma, junto con diseños geométricos sencillos. La datación de estos diseños ronda entre los 2.840 y 2.000 años AP.

El sitio Piedra Pintada del Manzanito, en Arroyo Blanco, presenta pisadas con tridígitos que conforman rastros ascendentes y descendentes, junto a pisadas de puma y diseños geométricos. La Cueva Epullan Grande contiene grabados lineales e incisiones realizadas sobre la roca de datación muy antigua, de alrededor de 9.970 años AP. Un fogón construido sobre los pictogramas fue datado con esa antigüedad, sin que exista otra evidencia de

21. Las clepsidras son relojes de agua que tienen una forma cóncava pronunciada. Las figuras con diseños similares a estos relojes son denominadas de esta forma.

presencia humana en la cueva, por lo que se presume que las pinturas son anteriores a este fechado.

En las zonas de bosque y lacustre las imágenes de arte rupestre suelen estar asociadas a sentidos mágico-religiosos y de espiritualidad. Esta modalidad específica del ámbito boscoso lacustre está ampliamente representada en la zona del lago Nahuel Huapi. Allí se detecta el predominio de un tratamiento sencillo, con motivos poco complejos, trazos rectos, escalonados o angulares, clepsidras, rectángulos segmentados, círculos simples o concéntricos. Incluso laberintos sin rigor geométrico, meandriformes²² junto con signos zoomorfos -forma de animales- y antropomorfos. Los diseños que son distintivos en esta localización son jinetes en su cabalgadura.²³ En todos los casos predomina notablemente el color rojo, en tonos borraño o bermellón.

Arte Rupestre Isla Victoria - Parque Nacional Nahuel Huapi



Fuente: Pedersen, 1978:41-43.

22. Los diseños meandriformes toman su nombre justamente de los “meandros” que son curvas pronunciadas en el curso de un río. Se trata por lo tanto de líneas con curvaturas fuertes.

23. Estas figuras han sido objeto de diversas especulaciones con respecto a su origen y significado, sin haber sido posible llegar a un acuerdo. A modo de ejemplo, ver Pedersen (1978).

Estas recurrencias morfológicas se repiten en sitios de lagos cercanos, desde la zona del lago Puelo hasta el Lacar, en las actuales provincias de Chubut y Neuquén. En el área de la Cuenca del Manso (actual frontera argentino-chilena) se detectó una misma tendencia estilística abstracta a ambos lados de la cordillera de alrededor de 2.000 años AP, con una ocupación ininterrumpida en toda la zona. Asimismo, el Paredón Lanfré, sitio ubicado dentro de una propiedad privada, consigna una antigüedad 1.500-700 años AP.

Es importante destacar cómo estos recursos culturales no renovables son particularmente frágiles y sensibles al deterioro debido a su alta exposición, visibilidad y atractivo, muy expuestos al vandalismo de los visitantes. En esta lógica son comprendidos como patrimonio arqueológico y, como tal, también como recurso turístico para la conformación de circuitos (Xicarts, 2005). La actividad turística masiva genera presión sobre los sitios arqueológicos si no se tiene en cuenta la capacidad de carga y, en consecuencia, un importante deterioro, lavado y obliteración. Estas amenazas por efectos antrópicos -como los *grafitis* o el roce del ganado sobre los paredones- han obligado a poner en marcha planes de manejo sustentable para la conservación del recurso.